

habitantes, de las armas Españolas. Ellos respondieron que nada les importaba con tal que todos los Españoles pereciesen, lo cual habria de verificarse, si no a manos de los Megicanos, de resultas del hambre que padecerian encerrados en aquel edificio. Cortés habiendo observado aquella noche algun descuido en los ciudadanos, salio con algunas compañías, y encaminandose por una de las tres calles principales, incendió mas de trescientas casas\*.

Al dia siguiente, despues de reparadas las maquinas, salio con ellas, y con la mayor parte de sus tropas, y marchó por el gran camino de Iztapalapan, con mejor exito que la primera vez: porque a despecho de la vigorosa resistencia que hacian los enemigos, en las trincheras que habian construido para defenderse del fuego de los Españoles, ganó los cuatro primeros puentes, y quemó algunas casas, aprovechandose de los materiales para llenar los fosos, afin de que no hubiese dificultad en el paso, si los enemigos llegaban a levantar los puentes. Dejó en aquellos puestos suficiente guarnicion, y volvió al cuartel con muchos soldados heridos, dejando diez o doce muertos.

A otro dia continuó sus ataques por el mismo camino, ganó los tres puentes que le faltaban, y persiguiendo a los que los defendian, llegó por fin a tierra firme. Mientras se empleaba en llenar los fosos, para verificar, como es de creerse, su retirada de la corte, por el mismo camino por donde habia entrado en ella siete meses antes, se le dijo que los Megicanos querian capitular, y deseoso de oír sus proposiciones, volvió apresuradamente con la caballeria, dejando a la infanteria de guardia en los puentes. Los Megicanos le digeron que estaban prontos a suspender las hostilidades, mas que para efectuar la capitulacion necesitaban tener la persona de un sumo sacerdote, que habia sido hecho prisionero en el ataque del templo mayor. Cortés mandó ponerlo en libertad, y en seguida quedó ajustado el armisticio. Esta parece haber sido una estratagema de los electores, para recobrar al gefe de su religion, de cuya presencia necesitaban, para la uncion del nuevo rei que habian elegido, o iban a elegir, porque apenas tubo Cortés la satisfaccion de haber concluido aquel convenio, cuando llegaron algunos Tlascalenses, con la nueva de que los Megicanos habian vuelto a tomar los puentes, y dado muerte a algunos Españoles,

\* Cortés dice que quemaba las casas; mas esto no quiere decir que ardian todas, quedando reducidas a cenizas, si no que les pegaba fuego, el cual en algunas hacia mucho daño, en otras poco, y en otras ninguno. Bernal Diaz dice que costaba trabajo hacerlas arder, porque todas tenian azoteas, y estaban separadas unas de otras.

y que se aproximaba una multitud de guerreros acia los cuarteles. Cortés salio a su encuentro con la caballeria, y recobró los puentes, rompiendo por medio de los contrarios, con gran peligro, y fatiga: pero cuando estaba ganando los ultimos, ya los Megicanos habian vuelto a tomar a los Españoles los cuatro primeros, quitando tambien los materiales con que estos habian llenado los fosos. Cortés volvió a recobrarlos, y se retiró a los cuarteles con toda su gente cansada, mal parada, y herida.

En su carta a Carlos V, Cortés le habla del gran peligro que corrió aquel dia, de perder la vida, y atribuye a una particular providencia de Dios, el haber podido preservarla, en medio de tan gran muchedumbre de enemigos. Es cierto que desde el momento en que los Megicanos se sublevaron contra los Españoles, hubieran podido en poco tiempo exterminarlos a ellos, y a sus aliados, si hubieran observado mejor orden en los ataques, y si hubiera reinado mayor concordia entre los gefes subalternos que los dirigian: mas estos no estaban de acuerdo, como diré despues, y el populacho se dejaba llevar tan solo por el impetu de su desordenado furor. Por otra parte los Españoles parecian hechos de hierro, pues ni cedian al rigor del hambre, ni a la necesidad del sueño, ni a las heridas, ni a la fatiga incesante. Despues de haber empleado todo el dia peleando, pasaban la noche enterrando a los muertos, curando a los heridos, y reparando los males que los Megicanos habian hecho en el edificio que ocupaban, y aun durante el poco tiempo que dedicaban al reposo necesario, no dejaban jamas las armas de la mano, hallandose siempre dispuestos a presentarse a sus enemigos. Pero aun mas se conocera la dureza de aquellos hombres en los terribles combates que referiré mui en breve.

#### *Muerte de Moteuczoma II y de otros personajes.*

En uno de aquellos dias, que probablemente seria el 30 de Junio, murio, dentro del alojamiento de los Españoles, el rei Moteuczoma, a los cincuenta y cuatro años de edad, y diez y ocho de reinado, y en el septimo mes de su encarcelamiento. Acerca de la causa, y de las circunstancias de este acaecimiento, reina tanta variedad entre los historiadores, que parece imposible averiguar la verdad. Los historiadores Megicanos atribuyen su muerte a los Españoles, y los Españoles a los Megicanos. Yo no puedo creer que los Españoles se decidiesen a quitar la vida a un rei a quien debian tantos bienes, y de cuya muerte solo podian aguardar grandes males. Segun Bernal

Diaz, autor sincerísimo, y testigo ocular, su pérdida fue llorada no menos por Cortés, que por todos los capitanes, y soldados, como si todos hubieran perdido en él un padre. En efecto, Moteuczoma los favoreció extraordinariamente, sea por inclinación, sea por miedo: siempre se les mostró benevolente, y sincero: a lo menos no hai razón para creer lo contrario, ni se sabe que recibiesen de él un solo disgusto, como ellos mismos lo confesaron\*.

Sus buenas, y malas calidades pueden inferirse de la relación de sus hechos. Fue circunspecto, magnífico, liberal, celoso defensor de la justicia, agradecido a los beneficios de sus subditos: pero su altanera circunspección hacia inaccesible el trono a los lamentos de los oprimidos; su magnificencia, y su liberalidad, se ejercían a espensas de la sustancia de los pueblos, y su justicia degeneraba a veces en crueldad. Fue exacto, y puntual en los deberes de la religión, y muy adicto al culto de sus dioses, y a la observancia de los ritos†. En su juventud fue animoso, y dado a la guerra, habiendo quedado victorioso, según dicen, en nueve batallas: pero en los últimos años de su reinado, los placeres domésticos, la fama de las primeras victorias de los Españoles, y, sobre todo, los errores de la superstición habian degradado de tal manera su ánimo, que parecía haber mudado de sexo, como decían sus subditos. Deleitábase en la música, y en la caza, y era tan diestro en el ejercicio del arco, como en el de la cerbatana. Era de alta estatura, y buena complexión, y tenía el rostro largo, y los ojos vivos.

Dejó muchos hijos, tres de los cuales perecieron en la infausta noche de la derrota de los Españoles, o a manos de estos, como dicen los Megicanos, o a manos de los Megicanos, como aquellos aseguran. De los que sobrevivieron, el mayor era Tohualicahuatzin, que en el

\* Cortés y Gomara aseguran que Moteuczoma murió de la pedrada que recibió de sus vasallos. Solís dice que la muerte fue efecto de no haber querido curarse la herida. Bernal Díaz añade a esta omisión la voluntaria inedia. Herrera dice que la herida no era mortal, sino que murió de pesadumbre, y despecho. Sahagún, y los historiadores Megicanos, y Tezcucanos afirman que los Españoles lo mataron, y uno de ellos refiere que un soldado lo atravesó por una ingle. Entre estos historiadores, unos dicen que la muerte ocurrió la noche de la derrota de los Españoles, otros que fue antes. Acosta, Torquemada, y Betancourt se refieren al juicio divino.

† Solís dice que aquel monarca apenas doblaba la cerviz a sus dioses, que tenía mas alta idea de sí mismo que de ellos, &c. Pero esta, y otras especies que afirma aquel escritor son contrarias a la verdad, y al testimonio de los autores Indios, y Españoles que conocieron a Moteuczoma. El mismo Solís añade que el demonio lo favorecía con frecuentes visitas: credulidad extraña en un Cronista mayor de las Indias.

bautismo se llamó D. Pedro Motezumá, y de quien deciden los Condes de Motezuma, y Tula. Tubo Moteuczoma este hijo de Miahujochitl\*, hija de Ijtileuechahuac, señor de Tula, o Tollan. De otra muger tubo a Tecuichpotzin, hermosa princesa, de quien deciden las dos nobles casas de Cano Motezuma, y Andrada Motezuma. Además de estos, se sabe que tubo otro hijo, señor de Tenajocan, el cual habiéndose escapado, y refugiándose en Tepozotlan, cuando los Españoles salieron derrotados de Megico, fue después solemnemente bautizado, próximo ya a morir, a fines del año 1524, o a principios del siguiente‡. Los reyes Católicos concedieron singulares privilegios a la posteridad de Moteuczoma, en atención al inapreciable servicio, que les hizo aquel monarca, incorporando a la corona de Castilla, por su cesión voluntaria, un reino tan grande, y rico como el de Megico. ¡Dichoso si después de haber cedido a la España su reino, hubiera sabido grangearse el del cielo! Pero ni las reiteradas instancias que le hizo Cortés, durante el tiempo de su encarcelamiento, ni las continuas exortaciones que empleó el P. Olmedo, especialmente en los últimos días de su vida, pudieron inducirlo a abrazar la fe de Jesu Cristo‡ que después adoptaron tan fácilmente sus vasallos. ¡Consejos altísimos de la predestinación, que no pueden indagar los mortales!

Cortés notició la muerte del rei al príncipe Cuiclahuatzin, por medio de dos ilustres prisioneros, que habian sido testigos de aquel suceso, y de allí a poco, envió el real cadáver, con seis nobles Megicanos,

\* Solís, adulterando como suele el nombre de esta reina, la llama Niagua Suchil. Sobrevivió a la conquista, y tomó en el bautismo el nombre de Doña María Miahujochitl.

† Este príncipe tomó en el bautismo el nombre de su padrino Rodrigo de Paz, primo del conquistador Cortés. Asistieron a la solemnidad los magistrados Españoles de aquella Corte, y su cadáver fue enterrado, con la pompa correspondiente, en la iglesia de S. José, de Padres Franciscanos, primera parroquia de Megico.

‡ Diego Muñoz Camargo, noble Tlascalés, dice en sus MS que Moteuczoma recibió el bautismo poco antes de morir, y aun nombra sus padrinos, que fueron Cortés, Alvarado, y Olid: mas todo esto es falso, pues no puede creerse que aquel general, en su carta a Carlos V, omitiese un hecho tan importante, y que tanto conducía a su justificación. Bernal Díaz, testigo ocular, cita la pesadumbre del P. Olmedo por no haber podido reducir aquel monarca al Cristianismo. Gomara dice que Moteuczoma pidió el bautismo en el carnaval de aquel año; que se difirió hasta Pascua, para hacerlo con mas solemnidad, y que entonces todo se trastornó con la llegada de Panfilo Narvaez: pero no tiene duda que la noticia de la expedición de este gefe llegó a Megico después de Pascua.

acompañados de muchos sacerdotes, que estaban en su poder\*. Su vista exitó un gran llanto en el pueblo (ultimo homenaje que le tributaban) y ya encomiaban con magnificas espresiones sus virtudes, los mismos que poco antes no hallaban en él sino vicios e infamia. La nobleza, despues de haber derramado copiosas lagrimas sobre los frios restos de su desventurado rei, llevó el cadaver a un sitio de la ciudad, llamado Copalco† donde fue quemado con las ceremonias de estilo, y enterradas con suma reverencia las cenizas, aunque no faltaron hombres indignos, que las insultaron con denuestos.

En aquella misma ocasion, si es cierto lo que refieren algunos historiadores, mandó Cortés arrojar a un sitio llamado Tehuayoc los cadaveres de Itzquauhtzin, señor de Tlatelolco, y de otros señores prisioneros, muertos todos, segun afirman, por orden del mismo Cortés, aunque ninguno espresa el motivo de aquella resolucion, que, en caso de ser justa, nunca pudo ser prudente, pues la vista de aquellos estragos debía necesariamente irritar la colera de los Megicanos, e inducirlos a la sospecha de haber sido tambien aquellos estrangeros autores de la muerte de su monarca‡. Los Tlatelolques llevaron en un bareo el cadaver de su señor, y celebraron con grandes demostraciones de pesar sus exequias.

Entre tanto continuaban los Megicanos con mayor ardor sus ataques. Cortés, aunque hacia gran daño a los enemigos, y casi siempre salia vencedor, consideraba que las ventajas de sus triunfos no compensaba la sangre que costaban a sus compatriotas, y que al fin la falta de viveres, y de municiones, y la superioridad de fuerzas contrarias, de-

\* Torquemada, y otros dicen que el cadaver de Moteuczoma fue arrojado con los otros al Tehuayoc: pero Cortés, y Bernal Diaz dicen que fue enviado fuera del cuartel en los hombros de cuatro nobles.

† Herrera congetura que las cenizas de Moteuczoma fueron depositadas en Chapoltepec, y se funda en el llanto que los Españoles oyeron acia aquella parte. Solis afirma lo mismo, y añade que en Chapoltepec estaba el sepulcro de los reyes: mas todo esto es contrario a la verdad, pues Chapoltepec no distaba menos de tres millas de los cuarteles, y no era facil oír el llanto a tanta distancia, especialmente en una ciudad tan populosa, y tan agitada, y turbulenta a la sazón. Los reyes no tenían sepultura determinada, y consta ademas por la deposicion de los Megicanos que las cenizas de Moteuczoma se enterraron en Copalco.

‡ De la muerte de aquellos Señores no hablan Cortés, Bernal Diaz, Gomara, Herrera, ni Solis, pero la dan por cierta Sahagun, Torquemada, Betancourt, y los historiadores Megicanos. Yo cedo al respeto de estos nombres, y al del público, pero con alguna desconfianza acerca del suceso, en que hallo mucha inverosimilitud.

bian prevalecer sobre el valor de sus tropas, y la exelencia de sus armas. Creyendo pues absolutamente necesaria la pronta salida de su egercito, llamó a consejo a sus capitanes, para deliberar sobre el tiempo, y el modo de egecutarla. Fueron diversos los dictámenes. Unos opinaban que debía hacerse de dia, haciendose camino con las armas, si los Megicanos se les oponian. Otros preferian la noche, y esta fue la opinion de un soldado llamado Botello, que la echaba de Astrologo, y en quien Cortés confiaba mas de lo que debía, seducido por haber visto algunas de sus predicciones casualmente realizadas. Resolvio pues, prefiriendo los consejos de aquel ignorante a la luz de la prudencia militar, verificar su salida de noche, y con el mayor silencio posible, como si pudiesen bastar todas sus precauciones, para ocultar a la vigilancia de tan gran numero de enemigos la marcha de nueve mil hombres, con sus armas, caballos, artilleria, y bagage. Señalose la noche de 1 de Julio\*, tan infausta y memorable para los Españoles, por los grandes males que en ella sufrieron, que le dieron el nombre de *noche triste*, con el cual es conocida en la historia. Mandó Cortés hacer un puente de madera, que pudiesen llevar cuarenta hombres, para servirse de él en el paso de los fosos. Despues sacó todas las riquezas de oro, plata, y joyas que tenia en su poder; separó la quinta parte, que pertenecia al rei, y la consignó a los oficiales de S. M., protestando la imposibilidad en que se hallaba de sacarla. Dejó todo lo demas a disposicion de sus oficiales y soldados, para que cada uno tomase lo que quisiese, aunque les hizo ver cuanto mejor seria dejarlo todo a los enemigos, pues libres de aquel peso, podrian mas facilmente salvar sus vidas. Muchos, no queriendo privarse del principal obgeto de sus deseos, y del unico fruto de sus fatigas, cargaron con aquellas preciosidades, bajo cuyo peso perecieron, victimas no menos de su codicia, que de la venganza de sus enemigos.

#### *Terrible derrota de los Españoles en su retirada.*

Ordenó Cortés su marcha en el mayor silencio de la noche, que oscurecian las nubes, y que una lluvia pequeña, pero incesante hacia mas peligrosa, y molesta. Confió el mando de la vanguardia al invicto Sandoval, con otros capitanes, y con doscientos infantes, y veinte ca-

\* Bernal Diaz dice que la derrota de los Españoles, ocurrió en la noche de 20 de Julio: pero es yerro de imprenta. Cortés dice que llegó a Tlascala el 10, y del diario de su marcha se infiere que la derrota debio ser en la noche del primero.

ballos, y la retaguardia a Pedro Alvarado con la mayor parte de las tropas Españolas. En el cuerpo del egercito se conducian los prisioneros, la gente de servicio, el bagage, a las ordenes de Cortés, con cinco caballos, y cien infantes, para llevar pronto auxilio a donde fuese mas necesario. Las tropas auxiliares de Tlascala, Cholula, y Cempoala, que componian mas de siete mil hombres, se dividieron en los tres cuerpos del egercito. Implorada antes de todo la proteccion del cielo se rompio la marcha por el camino de Tlacopan. La mayor parte de las tropas pasaron felizmente el primer foso o canal, por el puente que consigo llevaban, sin encontrar otra resistencia que la poca que hicieron las centinelas que guardaban aquel punto, pero habiendo notado aquella novedad los sacerdotes que velaban en el templo, gritaron a las armas, y con las cornetas despertaron a los habitantes. En un momento se vieron los Españoles atacados por agua y por tierra por un numero infinito de enemigos, los cuales con su misma muchedumbre se estorbaban e impedian en el ataque. Fue mui terrible y sangriento el combate en el segundo foso, extremo el peligro, y extraordinarios los esfuerzos para sobrepujarlo. La oscuridad de la noche, el estrepito de las armas, los clamores amenazantes de los combatientes, los lamentos, y sollozos de los heridos, y los languidos suspiros de los moribundos formaban un conjunto no menos lastimoso que horrible. Aqui se oian las voces de un soldado que pedia auxilio a sus compañeros; alli la de otro que clamaba a Dios misericordia. Todo era confusion, clamores, heridas, y muerte. Cortés, como buen general, acudia intrepidamente a todas partes, pasando muchas veces los fosos a nado, animando a los unos, ayudando a los otros, y poniendo en los restos de su egercito el orden que podia, no sin gran riesgo de morir, o de caer en manos de sus contrarios. El segundo foso se llenó de tal modo de cadaveres, que la retaguardia pudo pasar comodamente sobre ellos. Alvarado, que la mandaba, se halló en el tercer foso tan furiosamente embestido por los enemigos, que no pudiendo hacerles frente, ni pasar a nado, sin evidente peligro de morir a sus manos, fijó la lanza en el fondo del canal, y aferrando la otra estremidad con los brazos, y dando un extraordinario impulso a su cuerpo, se lanzó de un salto a la orilla opuesta. Este prodigio de agilidad dio a aquel sitio el nombre que hasta hoi conserva del *salto de Alvarado*\*.

\* Bernal Diaz se burla de los que creian en el salto de Alvarado, y dice que era absolutamente imposible atendida la anchura, y profundidad del poso: pero los otros autores lo citan por cierto, y la constante tradicion lo confirma.

Grande fue la perdida de los Megicanos en aquella noche. De la de los Españoles, hablan con variedad los historiadores, como sucede en otros muchos computos de aquella epoca\*. Yo doi credito al calculo de Gomara, que hizo diligentes observaciones, y se informó del mismo Cortés, y de otros conquistadores. Aquel escritor dice que perecieron cuatrocientos, y cincuenta Españoles, y mas de cuatro mil hombres de las tropas auxiliares, entre ellos, segun el mismo Cortés, todos los Choluleses. Fueron tambien muertos todos, o casi todos los prisioneros†, todos los hombres y mugeres de servicio de los Españoles, y cuarenta, y seis caballos, y se perdieron todas las riquezas que habian recogido, toda la artilleria, y todos los manuscritos de Cortés, que contenian la relacion de cuanto habia ocurrido hasta entonces a los Españoles. Entre los que faltaron de esta nacion, los mas notables fueron los capitanes Juan Velasquez de Leon, intimo amigo de Cortés, Amador de Lariz, Francisco Morla, y Francisco de Saucedo, hombres de gran merito, y valor, y entre los prisioneros perecieron el desventurado rei Cacamatzin, y un hermano, un hijo, y dos hijas de Moteuczoma‡. La misma suerte tubo Doña Elvira, hija del principe Tlascates Magijcatzin.

No pudo Cortés, a pesar de la grandeza de su corazon, refrenar las lagrimas a vista de tanta calamidad. En Popotla, aldea proxima a Tlacopan, se sentó sobre una piedra, no ya a descansar de sus fatigas, sino a llorar la perdida de sus amigos, y compañeros. En medio de tantos desastres tubo el consuelo de saber que se habian salvado sus mas valientes capitanes, Sandoval, Alvarado, Olid, Ordaz, Avila, y

\* Cortés dice que perecieron 150 Españoles, pero o disminuyó el numero, por miras particulares, o fue yerro de los copistas, o del primer impresor de sus cartas. Bernal Diaz cuenta 870 Españoles muertos: pero en este numero comprende, como él mismo dice, no solo los que perecieron en aquella infausta noche, sino los que murieron en los dias siguientes hasta la llegada a Tlascala. Solis no cuenta mas que 200, y Torquemada 290. En el numero de las tropas auxiliares que perecieron estan de acuerdo Gomara, Herrera, Torquemada, y Betancourt. Solis dice tan solo que faltaron mas de 1000 Tlascateses, mas esto no está de acuerdo con la relacion de Cortés, ni con la de los otros autores.

† Cortés afirma que murieron todos los prisioneros, pero se debe exceptuar a Cuicuitcatzin, a quien Cortés habia dado el trono de Acolhuacan. Sabemos por el mismo Cortés que este principe era prisionero, aunque ignoramos la causa, y por otra parte consta que murio en Tezcucuo, como despues veremos.

‡ Torquemada afirma, como cosa segura, que pocos dias despues de haberse apoderado Cortés de Cacamatzin, le mandó dar garrote en la prision. Cortés, Bernal Diaz, Betancourt, y otros dicen que murio, como los otros prisioneros, en aquella terrible noche. *y ocasion*

Lugo, sus interpretes Aguilar, y Doña Marina, y su ingeniero Martin Lopez, en quienes cifraba principalmente su confianza de reparar su honor, y conquistar a Megico.

*Marcha penosa de los Españoles.*

Hallaronse los Españoles tan debiles, y malparados por el cansancio, y las heridas, qui si los Megicanos los hubiesen seguido, no hubiera quedado uno solo con vida; pero apenas llegaron al ultimo foso del camino, regresaron a la ciudad, o porque se contentaron con los estragos que habian hecho, o porque habiendo encontrado los cadaveres del rei de Acolhuacan, de los principes reales de Megico, y de otros personajes, solo pensaron por entonces en llorar su muerte, y en celebrar sus exequias. Lo mismo hicieron con sus amigos, y parientes muertos, dejando aquel dia limpios los fosos, y caminos, y quemando los cadaveres, antes que inficionáran el aire con su corrupcion.

Al rayar el dia, se encontraron los Españoles en Popotla, esparcidos, cansados, penetrados de dolor, y habiendolos reunido, y ordenado Cortés, se pusieron en marcha para Tlacopan, perseguidos sin cesar por algunas tropas de aquella ciudad, y por las de Azcapozalco, hasta Otoncalpolco, templo situado en la cima de un pequeño monte, a nueve millas a Poniente de la capital, donde hoy está el célebre santuario y magnifico templo de nuestra Señora de los Remedios, o sea del Socorro. Allí se fortificaron, segun sus pocos recursos, para defenderse, con menos fatiga, de las tropas contrarias que los molestaron todo el dia. Descansaron algun tanto por la noche, y tubieron algun refresco que les suministraron los Otomites de dos caserios proximos, que vivian impacientes bajo el yugo de los Megicanos. Desde aquel punto empezaron a encaminarse acia Tlascala, su unico refugio en aquel desastre, por Quauhtitlan, Citlaltepec, Joloc, y Zacamolco, perseguidos en toda la marcha, por algunos cuerpos volantes enemigos. En Zacamolco se hallaron tan hambrientos, y reducidos a tanta miseria que cenaron la carne de un caballo, que murio en una accion de aquel dia, y el general participó como todos de aquel alimento. Los Tlascalenses se echaban al suelo para comer yerba, implorando a gritos el socorro de sus dioses.

*Batalla de Otompan.*

El dia siguiente, apenas se pusieron en camino por el monte de Aztaquemecan, vieron de lejos en la llanura de Tonanpoco, poco distante de Otompan, un numeroso, y brillante egercito, o de Megica-

nos, como dicen comunmente los historiadores, o, como yo creo, de las tropas de Otompan, Calpolalpan, y Teotihuacan, y de otros pueblos vecinos, exitados por los Megicanos a tomar las armas contra los Españoles. Algunos autores dicen que aquel egercito se componia de doscientos mil hombres, numero que los Españoles calcularon a ojo, y que engrandecio sin duda el miedo. En efecto, todos ellos se persuadieron que aquel dia debia ser el ultimo de su vida. Ordenó el general sus abatidas tropas, estendiendo cuanto pudo el frente de su mezuino egercito, a fin de que quedasen de algun modo cubiertos sus flancos con el pequeño numero de caballos que aun conservaba, y con el rostro enardecido, dijo a sus soldados: "en tal estrecho nos hallamos que solo debemos pensar en vencer o morir. Valor, Castellanos, y confiad en que quien nos ha librado hasta ahora de tantos peligros, nos preservará del que nos amenaza." Diose la batalla, que fue mui sangrienta, y duró mas de cuatro horas. Cortés viendo sus tropas disimnudas, y en gran parte desanimadas, mientras los enemigos se mostraban cada vez mas orgullosos, a pesar del daño que recibian, tomó una resolucion tan atrevida como peligrosa, con la cual obtuvo el triunfo, y puso en salvo aquellos pobres restos de su egercito. Acordose de haber oido decir muchas veces que los Megicanos se desordenaban, y huian, siempre que en la accion perdian el general, o el estandarte. Cihuacatzin, general de aquel egercito iba en una litera, llevada en hombros de algunos soldados, vestido con un rico trage militar, cubierta la cabeza con un hermoso penacho, y con un escudo dorado en el brazo. El estandarte, que, segun el uso de aquellas gentes, llevaba él mismo, era una red de oro, puesta en la punta de una lanza, que se habia atado fuertemente al cuerpo, y que se alzaba cerca de diez palmos sobre su cabeza\*. Observó Cortés, en el centro de aquella multitud de combatientes, y resuelto a dar un golpe decisivo, mandó a sus valientes capitanes Sandoval, Alvarado, Olid, y Avila, que le guardasen las espaldas, y con otros que lo acompañaron, se adelantó, por donde le parecia mas facil la empresa, con tanto impetu, que arrojó al suelo a cuantos halló al paso. Asi fue internandose por las huestes contrarias, hasta llegar al general, a quien echó al suelo de un lanzazo, no ostante la escolta de oficiales que lo defendia. Juan de Salamanca, valiente soldado, de los que acompañaban a Cortés, desmontó con gran prontitud, quitó la vida al gefe enemigo, y arrancan-

\* Los Megicanos llamaban a estos estandartes *Tlahuizmatlajopili*.

dole el penacho, lo presentó inmediatamente al caudillo Español\*. El ejército contrario, viendo a su general muerto, y perdido su estandarte, se desordenó, y huyó en tropel. Los Españoles, estimulados por tan gloriosa hazaña, le siguieron el alcance, y le hicieron grandes estragos.

Esta victoria fue una de las mas famosas que tubieron los Españoles en el Nuevo Mundo. Señalose en ella sobre todos el general Español, de quien decian sus capitanes, y soldados, que no habian visto jamas tanta actividad, ni tanto valor, como el que habia mostrado en aquella jornada: pero recibio una gran herida en la cabeza, que fue empeorandose de dia en dia, y puso su vida en gran riesgo. Bernal Diaz alaba justamente el denuedo de Sandoval, y hace ver la parte que tubo este famoso oficial en la victoria, inspirando valor a todos con su ejemplo, y con sus exortaciones. Tambien elogian los historiadores a Maria de Estrada, muger de un soldado Español, la cual armada de lanza, y rodela, corria tras las huestes enemigas, hiriendo, y matando con un arrojo extraño en su sexo. De los Tlascalenses dice Bernal Diaz que pelearon como leones, distinguiendose entre ellos Calmecahua, capitán de las tropas de Magijcatzin. Aquel valiente gefe tomó en el bautismo el nombre de D. Antonio, y fue célebre, mas que por su valor, por su larga vida de ciento, y treinta años.

La perdida de los enemigos fue considerable, aunque no tanto como lo dicen algunos escritores, que la calculan en veinte mil hombres: numero increíble si se considera el miserable estado a que habian quedado reducidos los Españoles, y la falta de artilleria, y otras armas de fuego. La de estos no fue tan pequeña como pretende Solis, pues perecieron casi todos los Tlascalenses, y muchos Españoles, a proporcion de su numero, y todos salieron heridos†.

\* Carlos V concedio algunos privilegios a Juan de Salamanca, y entre otros el de un escudo de armas para su casa con un penacho, para recuerdo del que habia quitado al general Cihuacatzin, cuando le dio muerte.

† Solis para exagerar la victoria de Otompan dice que en los Españoles hubo algunos heridos, de los que murieron dos o tres en Tlascal: mas este autor, atento unicamente a la cultura del lenguaje, a los elogios, y a las sentencias no se cura de la exactitud de los numeros. Dice que Cortés condujo consigo a Megico, despues de la derrota de Narvaez, 1100 hombres, los cuales, con los 80 que, segun él dice, quedaron con Alvarado, forman 1180. En los combates precedentes a la derrota de Megico, apenas hace mencion de algun muerto. En la salida, cuenta 200, y en el viage a Tlascal, los dos o tres heridos en Otompan. ¿Qué se hicieron los 500 o mas que faltan para componer 1180? Diversa es la

Cansados de seguir a los fugitivos, volvieron a tomar el camino de Tlascal, por la parte oriental de aquella llanura. Allí pasaron la noche a descubierto, y el mismo general, a pesar de su cansancio, y de su herida, hizo personalmente la guardia, para mayor seguridad. Los Españoles no eran ya mas que cuatrocientos cuarenta. Además de los muertos en los combates precedentes a la noche infausta de su retirada, perecieron en ella, y en los seis dias siguientes, ochocientos sesenta, como asegura Bernal Diaz, muchos de los cuales, habiendo sido hechos prisioneros por los Megicanos, fueron inhumanamente sacrificados en el templo mayor de la capital.

#### *Retirada de los Españoles a Tlascal.*

El dia siguiente, 8 de Julio de 1520\*, entraron, alzando las manos al cielo, y dando gracias al Altísimo, en los dominios de los Tlascalenses, y llegaron a Huejotlipan, pueblo considerable de aquella republica. Temian hallar alguna novedad en la fidelidad de los Tlascalenses, sabiendo cuan comun es que los hombres se vean abandonados en sus infortunios, aun por sus mejores amigos: pero muy en breve se desengañaron, viendo sus sinceras demostraciones de aprecio, y compasion por las desgracias que habian sufrido. Apenas tubieron la noticia de su llegada los cuatro gefes de la republica, cuando pasaron a Huejotlipan a cumplimentarlos, acompañados por uno de los principales señores de Huejotzinco, y por un gran numero de nobles. El principe Magijcatzin, aunque afligido por la muerte de su querida hija Doña Elvira, procuró consolar a Cortés, con la esperanza de nuevos triunfos, asegurandole que llegaria el dia de la venganza, y que para tomarla, bastaban el valor de los Españoles, y las fuerzas de la republica, que desde entonces le prometia. Lo mismo ofrecieron muchos señores. Cortés les dio gracias por su singular benevolencia, y tomando el estandarte del general Megicano, lo regaló a Magijcatzin, y a los demas señores presentó otros despojos. Las mugeres Tlascalenses rogaron a Cortés

idea que nos dan de aquella accion los que en ella se hallaron, como puede verse en las cartas de Cortés, y en la historia de Bernal Diaz. “ ¡O cuanto era furiosa, y espantosa de verse aquella batalla! dice este ultimo. ¡ Como combatian cuerpo a cuerpo, y con qué furia se lanzaban los perros! (Así llama a los Megicanos!) ¡ Qué heridas y matanza hacían en nosotros con sus lanzas y espadas!” y luego añade: “ vuelvo a decir que nos hirieron y mataron muchos soldados.”

\* Bernal Diaz dice que la batalla de Otompan fue el 14 de Julio, mas este es una distraccion, pues Cortés asegura que entraron en los dominios de Tlascal el 8, un dia despues de la accion.

que vengase la muerte de sus hijos y parientes, y desfogaron su dolor en imprecaciones contra la perfidia de los Megicanos.

Despues de haber descansado tres dias en aquel pueblo, pasaron a la capital de la republica, distante de alli quince millas, para curar sus heridas, de las que murieron ocho soldados. El concurso que asistió a su regreso en Tlascala, fue igual, y quizas mayor que el que salio a recibirlos en su primera entrada. La acogida que les hizo Magijcatzin, y el cuidado que tubo de ellos, fueron dignos de su animo generoso, y de su sincera amistad. Los Españoles se mostraban cada dia mas reconocidos a aquella nacion, cuya amistad constantemente cultivada fue el medio mas eficaz que emplearon no solo para la conquista del imperio Megicano, sino tambien para la de todas las provincias que se opusieron a los progresos de sus armas, y para la sumision de los barbaros Chichimecos, y Otomites, que tanto los molestaron.

*Eleccion y medidas del rei Cuitlahuatzin en Megico.*

Mientras los Españoles descansaban en Tlascala de sus fatigas, y curaban sus males, los Megicanos se empleaban en remediar los que habian sufrido la capital, y el reino. En el espacio de un año habian experimentado grandes desventuras, pues ademas de las considerables sumas de oro, plata, piedras, y otras preciosidades que habian gastado, parte en regalos a los Españoles, y parte en homenaje al rei de España, de las cuales recobraron sin embargo algunos restos, se habia oscurecido la fama de sus armas, y disminuido el esplendor de la corona; habianse sustraído a su obediencia los Totonagues, y otros pueblos, e insolentado en demasia sus enemigos; hallabanse mal parados los templos, y arruinadas muchas casas de la capital, y sobre todo faltaban el rei, muchas personas reales, y una gran parte de la nobleza. A estos daños que habian recibido de los Españoles, se añadian los que ellos mismos se ocasionaban con la guerra civil, cuya noticia debemos a los escritos de un historiador Megicano, que se hallaba a la sazón en aquella corte, y que sobrevivió algunos años a la ruina del imperio.

Cuando los Españoles se hallaban en la capital, molestados por el hambre, y por las hostilidades del pueblo, algunos señores de la primera nobleza, o por favorecer el partido de los extranjeros, o, lo que parece mas verosímil, para socorrer a su rei, que hallandose entre los sitiados, debia participar de sus penurias, los proveian secretamente de viveres, y fiados en la autoridad que les daba su nacimiento, se declararon abiertamente en favor de Cortés. De aquí resultó tan

funesta disension entre los Megicanos, que solo pudo extinguirse con la muerte de muchos ilustres personajes, y entre ellos, Cihuacoatl, Tzihuacopoca, Cipocatli, y Tencucuenotzin, hijos los unos, y los otros hermanos del rei Moteuczoma.

Necesitaba la nacion un gefe capaz de restablecer su honor, y de reparar las perdidas sufridas en los ultimos tiempos del reinado de aquel monarca. Fue elegido rei Cuitlahuatzin, poco antes, o poco despues de la derrota de los Españoles, y era, como ya he dicho, señor de Iztapalapan, consero intimo de su hermano Moteuczoma, y Tlachcocalatl, o sea general de las tropas. Era hombre sabio, y de gran talento, como asegura su enemigo Cortés, y tan liberal, y magnifico como su hermano. Gustaba de la arquitectura, y de la jardineria, como se vio en el magnifico palacio que edificó en Iztapalapan y en el célebre jardin que en él plantó, y de que hacen grandes elogios casi todos los historiadores antiguos. Su valor, y su pericia militar le adquirieron la estimacion de sus pueblos, y algunos Españoles bien informados de su caracter aseguran que si la muerte no hubiera abreviado su carrera, no habria sido posible apoderarse de la capital\*. Es probable que los sacrificios que se hicieron en la epoca de su coronacion, fueron de los Españoles que él mismo hizo prisioneros la noche de la retirada.

Terminada aquella solemnidad, se aplicó el nuevo soberano a remediar los males de la capital, y del imperio. Mandó reparar los templos, y reedificar las casas arruinadas; aumentó, y mejoró las fortificaciones; envió socorros a las provincias, exitandolas a la defensa comun del estado, contra aquellos nuevos enemigos, y prometió absolver de todo tributo a los que tomasen las armas en defensa de la corona. Mandó ademas embajadores a la republica de Tlascala, con un buen regalo de plumas, ropas, y sal, los cuales fueron recibidos con honor, segun los usos establecidos en aquellas naciones. El ob-

\* Solís da a este rei el nombre de *Quetlabaca*, y dice que vivió pocos días en el trono, y que estos bastaron a borrar su memoria: mas lo contrario aseguran Cortés, Bernal Diaz, Gomara, y Torquemada. ¿Como podian olvidar su nombre los Megicanos, cuando los Españoles la conservaban indeleble, considerandolo autor de los desastres de su retirada? Cortés se acordaba tanto de Cuitlahuatzin, y conservaba tal indignacion contra él, que cuando se halló con fuerzas suficientes para emprender el asedio de Megico, queriendo vengarse del rei, y no pudiendo hacerlo en su persona, por haber ya muerto, se vengó en su ciudad favorita; y no fue otro el motivo de su expedicion contra Iztapalapan, como él mismo confiesa.